

Fernando de los Ríos y los valores de la Segunda República

Jacobo Muñoz

Jacobo Muñoz es catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, actualmente adscrito al Instituto de Filosofía del CSIC. Es autor, entre otras obras, de *Figuras del desasosiego moderno* (2002).

Como se reconoció solemnemente en el Congreso dedicado a su figura y a su obra que tuvo lugar en Granada en 1999, Fernando de los Ríos ha de ser considerado como «uno de los más destacados exponentes del movimiento de renovación intelectual y del esfuerzo creador llevado a cabo por un grupo de políticos, científicos, literatos, intelectuales y artistas del primer tercio del siglo ante la contemplación de la honda crisis social, política y económica en la que España estaba sumida como consecuencia de los grandes y los graves problemas irresueltos que nos transmitió en el siglo XIX»^①. Como es bien sabido, el trágico fracaso inicial de este movimiento y la subsiguiente dictadura, tras una larga cruenta guerra civil, hicieron caer sobre la figura y la obra de muchos españoles notables y esforzados un espeso silencio. No pocos de ellos, como el propio Fernando de los Ríos, ni siquiera pudieron morir en su patria. Pero el empeño de construir una España culta, civil y laica basada en una regeneración profunda de la vida pública y marco dinámico, a la vez, de la definitiva reconciliación de todos los españoles siguió latiendo en el hondón histórico del país. Y en su momento retomó la marcha: la larga –y tal vez inacabable– marcha hacia una sociedad más justa, más tolerante y más igualitaria. La vieja pasión por la libertad, incluida la de expresión y de conciencia, verdadero «corazón de los derechos humanos», la lucha infatigable por la justicia y la igualdad y el insobornable compromiso con la solidaridad, por las que España pagó un precio tan alto, no habían latido, pues, en vano.

Tiene, por tanto, su lógica, su relativa lógica, que Fernando de los Ríos siga siendo aún, salvo para especialistas y estudiosos, que ven unánimemente en él tanto uno de los más brillantes teóricos del pasado siglo del socialismo que busca el avance, desde la libertad, a un Estado social, como uno de los dirigentes políticos más representativos de su conturbado tiempo, casi un desconocido. Pero si su figura pertenece ya a la historia, y en ella debe ser situada y estudiada, su obra sigue teniendo una notable capacidad de interpelación, como la de todo clásico vivo. *El sentido humanista del socialismo* –el más relevante, sin duda, de sus escritos– es, en efecto, una obra que brilla con luz propia en el pensamiento social español del pasado siglo, que merece ser leída y meditada desde la perspectiva que procuran los años transcurridos desde su aparición en 1926. Entre otras razones por su condición de hito teórico central en el difícil proceso material de construcción del actual «socialismo democrático». Imposible no acordar, en efecto, con Francisco Laporta que «muchos acontecimientos históricos que se han producido en la segunda mitad del siglo XX han corroborado de un modo decisivo las intuiciones que Fernando de los Ríos fue deslizándose en sus escritos a lo largo de su vida»^②. Fue, sí, un hombre al que la historia terminó por dar «casi toda la razón». Los que tienen razón antes de tiempo acostumbran, de todos modos, a pasarlo mal...

① Cfr. Cámara Vilar, G. (coord.): *Fernando de los Ríos y su tiempo*, Universidad de Granada, 2000, págs. 19-20.

② Laporta, F.: «Fernando de los Ríos, cincuenta años después», en *Revista de Libros*, junio, 1998, nº 18, pág. 6.

La figura y sus escenarios

Fernando de los Ríos Urruti nació en Ronda (Málaga) el 8 de diciembre de 1879 en el seno de una familia de la burguesía liberal, grupo social frágil que apenas tenía entidad propia en una Andalucía dominada por una aristocracia terrateniente, de la que dependía una masa ingente de campesinos sin tierra que vivían en condiciones miserables, cuando no terribles, y una oligarquía financiera y comercial, en la que las capas medias, al servicio de ambas, se reducían a un corto número de profesionales, comerciantes y funcionarios, localizados, sobre todo, en los núcleos urbanos. La muerte de su padre obligó a su madre, doña Fernanda, a tomar a su cargo la educación de sus hijos, tarea a la que dedicó sus mejores esfuerzos. Tras cursar estudios de Enseñanza Media en Córdoba, y por consejo de su lejano pariente Fran-

③ Nada más lógico, por tanto, que la invitación por parte de Fernando de los Ríos, ya al final de su vida, a volver, con intención programática, «a beber en las claras fuentes del humanismo que don Francisco, entre los claros varones de la historia, simbolizó» (*El pensamiento vivo de Giner*, Buenos Aires: Losada, 1949, págs. 56-57). Con la mirada puesta en el futuro, Fernando de los Ríos daba una vez más testimonio preciso de una fidelidad moral e intelectual de la que, como bien ha subrayado Virgilio Zapatero, jamás se apeó. (Cfr. Virgilio Zapatero: *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático*, Madrid: Ed. Cuadernos para el diálogo, 1974, pág. 164). No hubo, pues, «ruptura», sino maduración y coherencia en el paso dado por Fernando de los Ríos al socialismo neokantiano desde unas posiciones iniciales krausogineristas. Frente al individualismo «puro», que disuelve los vínculos sociales del individuo y frente al «estatalismo», que subordina los individuos a un interés «superior» —el del Estado—, Giner siempre consideró, en efecto, imprescindibles, junto a individuo y estado, entes «intermedios» (familia, municipio, partidos políticos, asociaciones, etc.) dotados de sustantividad y derechos propios. Y todo ello desde la convicción de que destruidos «los antiguos vínculos, órdenes e instituciones sociales» y asentado el individuo en la «plenitud de sus facultades», se imponía «restaurar el elemento social» —la cohesión social, si se prefiere—, aunque de momento tal restauración tuviera que adecuarse a las formas, «todavía más o menos vagas» exigidas por las «nuevas condiciones» de la vida y del derecho modernos. (Francisco Giner de los Ríos: *La persona social. Estudios y fragmentos*, OCVIII Madrid: Espasa-Calpe S.A., 1923, pág. 48). Desde estos supuestos, la inclusión de Giner entre los hitos históricos y teóricos del socialismo, de todo punto explícita en *El sentido humanista del socialismo*, se justifica por sí sola.



cisco Giner de los Ríos, catedrático de Filosofía del Derecho, fundador de la Institución Libre de Enseñanza y ejemplar reformador moral de la España inmediatamente posterior al 98 —el «apóstol» de toda una generación para el que la clave de la regeneración española radicaba en la educación—, se trasladó a Madrid, donde a la vez que leyó concienzudamente a Platón, Nietzsche y Schopenhauer, cursó Derecho y Filosofía. El encuentro con Giner y la Institución en estos años de estudio, de elaboración de su tesis doctoral —dedicada, precisamente, a Platón—, de docencia en la propia Institución, tras un breve paréntesis laboral barcelonés, de investigación en el Archivo Histórico Nacional y, en fin, de largas conversaciones con Joaquín Costa y el propio Giner fue, obviamente, decisivo para el joven aspirante a catedrático y futuro político. Nada tiene, pues, de extraño que el primer escrito realmente propio de Fernando de los Ríos fuera un informe sobre la manera de enseñar historia de la filosofía a los niños que publicó en 1906 en el Boletín de la Institución y que su primer libro relevante, de 1916, estuviera dedicado a *La filosofía del derecho en don Francisco Giner y su relación con el pensamiento contemporáneo*.

La doble conclusión que extrajo Fernando de los Ríos de su larga confrontación juvenil con el espíritu reformista, el radical eticismo, la teoría del derecho y la concepción organicista de la sociedad de Giner —la de que el cumplimiento de los fines humanos de todos y cada uno de nosotros exige poner a contribución los medios de que podamos disponer y la de que en nuestro «yo» está constitutivamente presente lo común, el «nosotros»— le acompañaría e inspiraría siempre. No sin una lógica profunda, porque si algo se derivaba de la teoría —krausista en definitiva— de la justicia de Giner era un corolario ético de solidaridad. Que nunca dejó, ciertamente, de latir en el corazón profundo del «socialismo humanista» de Fernando de los Ríos, heredero obvio del —en ciertos medios minoritarios muy influyente— reformismo social institucionista ③. Pero por estas fechas —primera década del siglo xx— su experiencia intelectual de más hondo calado estaba por llegar. Me refiero, claro es, a su encuentro con el neokantismo.

El 15 de enero de 1907 la Gaceta de Madrid publicó un decreto, llamado a tener notable influencia en el curso de la cultura superior española del pasado siglo, por el que se creaba la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Tras una serie de viajes a Bélgica, Francia e Inglaterra Fernando de los Ríos solicitó y obtuvo de dicha Junta, dirigida por el institucionista José Castillejo, una beca que le permitió estudiar durante

④ Ortega y Gasset, J.: *Prólogo para alemanes*, Madrid, Taurus, 1958, pág. 34.

todo un año (1909) en las universidades alemanas de Jena y Marburgo, la «ciudadela del neokantismo», gobernada, según Ortega, por Hermann Cohen, con la fuerza de su «mente poderosísima» ④. Al igual que Ortega, que había estado allí el año anterior, volviendo, ya casado, en 1911, Fernando de los Ríos estudió ese año en profundidad a Kant –al Kant de Marburgo, ciertamente–, y leyó, en esa estela, a Natorp, Windelband, Rickert, Eucken...Tuvo tiempo también para visitar la casa de Nietzsche en Weimar, donde pudo oír de labios de su hermana una muy repetida –y repetida por el propio Fernando de los Ríos– apreciación del autor de *Así habló Zaratustra* sobre España como «país que ha querido demasiado».

Neokantismo y socialismo

El «retorno a Kant» preconizado por algunos representantes eminentes de la filosofía académica alemana de la segunda mitad del siglo XIX, como Otto Liebmann, Kuno Fischer o F. A. Lange, y alentado igualmente por científicos como Helmholtz o Zöllner, en un ambiente cultural general dominado tanto por el positivismo y el cientificismo como por la oposición a ellos, desbordó enseguida los límites de una mera recomendación de «releer» la obra del gigante de Königsberg con fidelidad «filológica» al espíritu y la letra de la misma. Y le hizo –como a su modo le hicieron tanto la Escuela de Marburgo (Cohen, Natorp) como la de Baden (Rickert, Windelband)– en el sentido de proponer toda una reinterpretación del kantismo en la que la preocupación por el método y, en su estela, por un idealismo trascendental renovado, pasaba a ocupar un lugar central. La filosofía quedaba, en fin, convertida, con cuantas matizaciones deban hacerse, en teoría del conocimiento. Lo que llevó a los neokantianos, en principio, a privilegiar temas como los de los «límites» del propio conocimiento; el primado ontoepistémico del mundo fenoménico; la autonomía de la ciencia y la consiguiente recomendación a la filosofía de partir de sus resultados; la reducción del viejo y venerable concepto de cosa-en-sí al estatuto de mero «concepto-límite», capaz de fijar tanto los citados límites del conocimiento humano cuanto de limitar el campo de la experiencia posible, pero capaz también de sugerir la existencia de realidades no empíricamente perceptibles ni controlables, pero posibilitadas de un cierto «paso» efectivo del mundo nouménico al fenoménico. Sin que con ello quedaran agotadas sus virtualidades. Porque el concepto de «cosa-en-sí» podía ayudar igualmente a elevar a consciencia la problemática del conocimiento de la totalidad, eterna, epistemáticamente inagotable, incluso inaccesible... pero asumible como aguijón del progreso científico, o lo que es igual, del desarrollo de un conocimiento que siempre está *in fieri* y siempre lo estará.

Pero tanto Ortega como Fernando de los Ríos se encontraron en Marburgo con algo más que con un debate en profundidad sobre lo que hay de vivo y lo que hay de muerto en Kant y sobre las potencialidades, todavía abiertas, del método trascendental. Convendría no olvidar, en efecto, que de las tres obras mayores de ese kantiano platonizante que fue Cohen, sólo una estaba dedicada a la teoría kantiana de la experiencia. Los otros dos lo estaban a la fundamentación de la ética y a la fundamentación de la estética. Añádanse a eso –lejos, pues, también de la mera apelación a leer, «convenientemente traducidos al kantismo», a los grandes clásicos, de Platón a Leibniz, pasando por Descartes–, las preocupaciones por una (posible) religión natural, capaz de conferir un horizonte último al laicismo de los «modernos» o por una política orientada por un socialismo «ético», de todo punto ajeno a la concepción materialista de la vida y de la historia y hogar efectivo de una reflexión moral

«fuerte» sobre fines últimos, sumamente representativas del clima tardoilustrado de Marburgo. Con la particularidad de que estas preocupaciones lo eran también sobre el sujeto político llamado a actuar —a «decidir»— desde el primado de una praxis racionalmente argumentable o sobre la especificidad de una pedagogía social (y, por ende, indeclinablemente política) capaz de formar a todas las clases sociales en los ideales emancipatorios modernos ⑤. Sin que, naturalmente, los objetivos del programa de esta pedagogía social se detuvieran en ello. Porque connaturales a la estructura en la que se insertaba, el socialismo «ético» y a su concepción del socialismo como un ideal «al que hay que tender» ⑥, eran la exigencia de una protección social masiva, de la universalización de la enseñanza, de la limitación y el control de la intervención estatal, de la dignificación del trabajo y de la democracia como única vía aceptable para la realización efectiva de los ideales liberales más genuinos —entre ellos, la igualdad no meramente «formal» entre los hombres— frente a su posible destrucción a efectos de una economía capitalista «pura» profundamente desagregadora. Al momento liberal y al momento reformista de este socialismo —«ético», porque no buscaba otro «fundamento» que el de la voluntad moralmente cualificada y ello hasta el punto de ser considerado por sus defensores corolario necesario del imperativo categórico kantiano— se unía, además, un elemento algo más complejo, caracterizable tal vez como «nacional». En el sentido, cuanto menos, en el que Natorp, por ejemplo, concebía al pueblo como «una comunidad de trabajo y cultura»...

Aunque Cohen nunca dejara de reconocer la grandeza moral de Marx, por él mismo caracterizado como «un mesías del Dios de la historia», va de suyo que el socialismo ético con el que Fernando de los Ríos entró en contacto en Marburgo quedaba muy lejos de las posiciones teóricas, de los objetivos programáticos y de las elaboraciones tácticas y estratégicas —lucha de clases, dictadura del proletariado, consideración del proletariado como «clase universal», o, lo que es igual, única representativa de los verdaderos intereses de la especie humana, carácter determinante de la instancia económica, teoría del derrumbe, apelación a las «leyes de la historia» como garantía del advenimiento del socialismo, etc.— del «marxismo ortodoxo» en sus diversas variantes. El socialismo ético siguió otros caminos, aunque no menos decididamente críticos del mal social contemporáneo. El de la apelación, por ejemplo, a un «estado ideal» capaz de unificar en un principio moral de orden supremo la fragmentación y desagregación propias del «estado empírico» —o «realmente existente»—, dividido en clases y «perteneciente a las clases dominantes». Un genuino «estado de la fuerza», pues, que debía ser transformado en un «Estado de Derecho». Lo que, a su vez, imponía «legislar según la idea del Estado y no según los intereses de la clase dominante» ⑦.

Sumamente minoritario en su época, poco valorado y muy combatido, este socialismo no revolucionario, gradualista y positivista, con su defensa del voto general, igual y directo, su apelación a la eliminación de las desigualdades jurídicas basadas en desigualdades de otro tipo (económicas, de nacimiento, etc.) y su negativa a dar por buena una organización de la economía en la que el dominio sobre las cosas lo es también sobre las personas, se autoentendía, en cualquier caso, como un socialismo dominado por un «ideal ético» y fundado en la idea de Humanidad. O lo que es igual, se autoconcebía como una vía de «regeneración de la vida política, económica, y social» llamada a hacer finalmente posible que el trabajador dejara de ser tratado como un simple medio, como una mercancía, para serlo como un genuino fin en sí mismo. Más allá de todo maximalismo, Cohen se situaba,

⑤ Hubiera sido de lo más extraño que, dada la formación institucionista de Fernando de los Ríos, la pedagogía social neokantiana no hubiera despertado en él un vivo interés. No deja de tener, en este contexto, algún valor representativo el hecho de que poco antes de salir de España diera a la luz un artículo titulado «La obra de la cultura. Ética y educación» y que la memoria que a su vuelta presentó a la Junta llevará por título precisamente «El fundamento científico de la pedagogía social en Natorp» (*Anales de la Junta para Ampliación de Estudios*, III, memoria I^a, Madrid, 1911).

⑥ La expresión es del propio Fernando de los Ríos. (*Los orígenes del socialismo moderno*, Madrid, Biblioteca Socialista de la Escuela Nueva, 1912, pág. 9).

⑦ Cfr. Cohen, H. *Ethik des reinen Willens*, Berlín, 1904, pág. 76.

pues, como muchas veces se le reprocharía, en el centro. Entendiendo aquí «centro» en el sentido de un dispositivo —y un espacio, a la vez— de mediación, con la fuerza del Derecho y de la acción política a él sometida, de «intereses e ideologías, políticas antagónicas». Algo inseparable, como en su día señaló ya Vorländer, de «la creencia en el poder del Bien, estos es, en la esperanza de la realización de la justicia».

La opción socialista

La problemática del socialismo se convirtió así, incluso antes del ingreso formal de Fernando de los Ríos en el PSOE, en uno de los focos centrales de su trabajo teórico y práctico. En consecuencia, no dudó en tomar posición, en 1916, siguiendo una vez más a su maestro Cohen, para quien la idea de humanidad (o sociedad), que respetamos, debía ser realizada en la de pueblo (o nacionalidad), que amamos, *a favor de un socialismo «nacional»*, aunque no por ello menos «socialista» en sus objetivos últimos, respetuoso de la vía democrática parlamentaria, *contra el internacionalismo proletario*. A favor, si se prefiere, desde la consciencia de la función transformadora del derecho, del reformismo gradualista frente a todo maximalismo revolucionario. Con ello se situaba ya, obviamente, haciendo, en buena medida, balance de la actuación real de los grandes partidos socialistas europeos, fieles a sus respectivos gobiernos nacionales, durante la guerra, lejos del curso central del socialismo de observancia marxista, muy golpeado ya por el estallido de la Gran Guerra y al que la Revolución del 17 y la fundación de la III Internacional sacudirían pronto hasta sus raíces. En efecto: «El marxismo se ha equivocado en la afirmación de hechos: patria es una realidad en que están prendidas raíces importantísimas de la conciencia... Si el cosmopolitismo o internacionalismo ha de ser doctrina fecunda, no puede ser antinacional, sino que ha de basarse en un federalismo de unidades vivas»^⑧.

Estos años de transición representaron, sin duda, un momento de especial sintonía con la política del periódico *El Sol*, más o menos fiel todavía, desde su aparición en diciembre de 1917, al espíritu de la Liga para la Educación Política ^⑨. Un espíritu que, en lo que aquí nos importa, se concretaba en la llamada al socialismo español, sumamente reticente por aquellas fechas a tales invitaciones, a convertirse en un gran partido parlamentario, próximo al laborismo inglés. Sea como fuere, en 1918 Fernando de los Ríos se presentó por vez primera a unas elecciones como candidato independiente —a un tiempo reformista y socialista, si se prefiere— de las izquierdas granadinas. El intento se saldó con un fracaso y Fernando de los Ríos, cada vez más entregado a la lucha por la abolición del caciquismo imperante en Granada, fustigó seguidamente en un mitin «los atropellos y malas artes empleados por los caciques para derrotarle». Y en 1919 ingresó —finalmente— en el PSOE, por entonces, y, en realidad, desde su fundación, un partido fuertemente obrerista, en el que, a pesar de la conocida fugaz adhesión juvenil de Unamuno, militaban pocos intelectuales, si bien pronto la situación sería otra. En mayo de ese mismo año la Agrupación Socialista de Granada le eligió candidato para las próximas elecciones a Cortes. Independientemente de ello, desde un principio ejerció, como no podía ser de otro modo dado su prestigio y la calidad moral de su compromiso, funciones directivas relevantes en el partido. No hará falta insistir, por otra parte, en lo determinante de las consecuencias que para el desarrollo ulterior de su vida y de su obra tuvo aquella meditada decisión de 1919. Desde su primera elec-

⑧ «Nacionalismo es internacionalismo», *España*, 30 de abril de 1916.

⑨ La Liga de Educación Política Española, que atrajo a numerosos intelectuales relevantes del momento, fue presentada oficialmente el 23 de marzo de 1914, fecha en la que Ortega y Gasset impartió, en su nombre, en el Teatro de la Comedia de Madrid la célebre conferencia «Vieja y nueva política». Al igual que Américo Castro, Azaña y el propio Ortega, Fernando de los Ríos colaboró activamente en sus actividades. La liga nació, por lo demás, en la estela del Partido Republicano Reformista fundado por Melquiades Álvarez y Gumersindo de Azcárate en 1918, en cuyo programa se reconocía la necesidad de emprender en la convulsa España del momento, «el lento camino de las reformas para evitar el violento de las revoluciones». La adhesión de Fernando de los Ríos al reformismo político acabó, al igual que la de Ortega, en 1917, año de la huelga general revolucionaria, de la aparición de las Juntas militares de Defensa y de la celebración en Barcelona de una Asamblea de parlamentarios decididos a exigir la convocatoria de Cortes, cerradas desde febrero.

⑩ Granada votó en estas elecciones por la renovación. Y este voto fue entendido como un triunfo sobre el caciquismo tradicional. Fernando de los Ríos centró, durante toda la legislatura (1919-1920), sus intervenciones en los problemas sociales que con mayor urgencia exigían, en ese momento, una respuesta (democracia industrial, salario mínimo, contratos colectivos, etc.), con la consiguiente denuncia paralela del tradicional desinterés del liberalismo «realmente existente», incapaz incluso de ofrecer una política «social liberal». Resulta significativo, en este sentido, que en 1920 presentara al Parlamento un proyecto de Reforma Agraria, a un tiempo moderado y modernizador.

⑪ Fruto de este viaje fue el notable libro *Mi viaje a la Rusia soviética* (Madrid, Caro Raggio, 1921), cuyos beneficios cedió Fernando de los Ríos al PSOE. Hay reedición fechada en 1970, que contiene todos los prólogos añadidos por el autor en anteriores ediciones, en Alianza Editorial (Madrid).

⑫ Dados el espíritu y la letra de las «21 condiciones», su aceptación y la consiguiente adhesión a la Tercera Internacional habrían representado no sólo el inmediato aislamiento político del PSOE, obligado a una «ruptura total y absoluta con el reformismo» y con la política de «centro», sino su propia puesta en cuestión, en cuanto mera «sección» de la Internacional, como partido autónomo. Los partidos incorporados a la Internacional quedaban, en efecto, obligados a «prestar apoyo incondicional a cada República Soviética en su lucha frente a las fuerzas contrarrevolucionarias», como tenían también que revocar los viejos programas social-demócratas, asumir el «centralismo democrático» en su funcionamiento interno, efectuar «depuraciones» periódicas de sus efectivos, etc. Frente a los partidarios de tal incorporación Pablo Iglesias se adhirió, por cierto, en una nota publicada el 11 de abril de 1921 en *El Socialista*, a la propuesta a favor del ingreso en la Unión de Viena defendida por Fernando de los Ríos en el Congreso Extraordinario de 1921, argumentando que era la que «mejor» podía «servir los intereses del proletariado y asegurar el poder del socialismo». La llamada «Internacional Dos y media» o «Unión de Viena» (Unión Internacional de Partidos Socialistas), fundada en Viena en febrero de 1921, se fundió en 1923, con la II. Internacional, cuya reconstrucción, tras la catástrofe bélica, se decidió en Hamburgo poco antes. La vieja Internacional Socialista mantuvo la denominación clásica: Internacional Obrera Socialista.

ción como diputado a Cortes ⑩, hasta la proclamación el 14 de abril de 1931, en un clima de inusitado entusiasmo, de la Segunda República, en cuyo gobierno provisional, presidido por Alcalá Zamora, ocupó la cartera de Justicia, Fernando de los Ríos desarrolló una intensa labor en las filas del PSOE. Por de pronto, participó activamente en los enconados debates abiertos en el socialismo español por la disyuntiva entre el ingreso, defendido por algunos, en la recién creada Tercera Internacional (Comunista) y la permanencia, defendida por otros, entre los que destacaba, por ejemplo, Besteiro, en la Internacional Socialista (renovada o renovable). En el Congreso Extraordinario convocado en 1920 para adoptar una resolución final al respecto, Fernando de los Ríos se manifestó a favor del ingreso en la Tercera Internacional, que fue lo que se acordó por amplia mayoría, aunque con un matiz diferencial a propósito de la adhesión, que unos deseaban «con condiciones» y otros, «incondicional». Seguidamente propuso la creación de una delegación, formada por Daniel Anguiano y él mismo, encargada de viajar a Rusia y comunicar esta decisión a los nuevos gobernantes, lo que hicieron en el otoño de 1920 ⑪. Algunos meses antes había tenido lugar, sin embargo, la promulgación, por parte y en el marco del Segundo Congreso de la Internacional Comunista, de las famosas 21 condiciones de adhesión a la misma, de obligada aceptación por los partidos socialistas que se decidieran por ella. Contra lo que pudiera pensarse, no fue el informe presentado a su regreso por Fernando de los Ríos y Anguiano lo que motivó la decisión final del PSOE, tomada en el Congreso Extraordinario celebrado en 1921, de permanecer en la Unión de Viena o Internacional Socialista II y Media, que representó, por tanto, y esta vez con el apoyo de Fernando de los Ríos, el triunfo de la opción contraria a la defendida por los «terceristas», entre los que figuraba Anguiano. La causa última del viraje entre ambos Congresos hundía sus raíces precisamente en esas 21 condiciones ⑫. Tras la dramática ruptura, los dos grupos comunistas surgidos de ella se fundieron finalmente en el Partido Comunista de España, cuyo primer Congreso tuvo lugar en marzo de 1923.

Contra la dictadura

El 23 de abril de 1923 De los Ríos obtuvo nuevamente acta de diputado por Madrid. Muy beligerante en la cuestión del desastre de Annual, pasó enseguida a integrarse en la comisión —«Comisión de Responsabilidades»— de 21 diputados llamada a investigar los trágicos sucesos y a depurar culpas. En septiembre de ese mismo año, el golpe de Estado de Primo de Rivera, que contó con silencios tan llamativos como el de Melquiades Álvarez, a la sazón presidente de las Cortes, cerró el paso a tal investigación, toda vez que suspendió la normalidad constitucional. El golpe no tuvo, en principio, que enfrentarse a resistencias demasiado fuertes. Se ha recurrido al desconcierto —y también, desde luego, a la arraigada tentación tacticista de los políticos— para explicar el colaboracionismo con la Dictadura, o la «neutralidad» frente a ella, de no pocos sectores de la izquierda entre los que figuraron desde órganos periodísticos como *El Sol*, que congratulándose de la «serenidad» mostrada por «la parte más sana del obrerismo español», concedió al Dictador un amplio margen de confianza, a partidos, como muy especialmente el socialista. Ni siquiera Ortega se privó de alabar el «excelente» propósito del Dictador de «acabar con la vieja política».

En cuantas ocasiones hubo de pronunciarse, en su condición de miembro de la dirección del PSOE, sobre la Dictadura, Fernando de los Ríos lo hizo en términos de la más unívoca condena. Y aunque siempre se inclinó ante el criterio de la mayoría, en ningún momento fla-

queó en su lucha a favor de «la causa liberal y socialista» y de un régimen de amplia base social capaz de ofrecer «garantías de libertad y de justicia dentro del Estado». La inclusión en la ponencia aprobada en el Congreso Extraordinario del PSOE celebrado en octubre de 1929 de una enérgica protesta «contra el régimen de dictadura imperante desde hace cuatro años» fue obra suya y de Indalecio Prieto. Esta oposición activa de Fernando de los Ríos comenzó, por otra parte, en el momento mismo del golpe de Estado. En 1924, con ocasión del destierro de Unamuno a Fuerteventura y de la clausura, ese mismo año, del Ateneo de Madrid, De los Ríos no dudó en enviar un telegrama al Directorio Militar con una enérgica repulsa de ese tipo de medidas, que le supuso un proceso por «desacato a la autoridad», del que salió absuelto. En 1926, con ocasión de una arbitrariedad cometida con Jiménez de Asúa, volvió a dirigirse al Dictador denunciando la «contumacia en la violación de la legalidad» de la que hacía gala. Y en 1929 tuvo un grave enfrentamiento con las autoridades académicas granadinas, sumisas al Dictador. Tan grave como para llevarle a renunciar a sus funciones —y a su sueldo— el 20 de marzo de ese mismo año. No fue un gesto aislado. También renunciaron a sus respectivas cátedras Ortega, Jiménez de Asúa, Sánchez Román y García-Valdecasas. Hasta la caída de la Dictadura no fue repuesto en su cátedra. En el interregno ejerció la docencia como profesor invitado en la Universidad de Puerto Rico y dirigió un Seminario de Estudios Internacionales. Durante estos años cruciales trabajó también del modo más intenso en la creación de una alianza de fuerzas liberales —interclasista— que hiciera del retorno a la democracia un objetivo prioritario. A *otra* democracia, claro es. A una democracia social-republicana, en la que la libertad tuviera no sólo «un sentido de inequívoca y limpia garantía para la vida de la conciencia», sino también —o sobre todo— «un profundo sentido social». No tardaría mucho en llegar su hora. Entretanto, el triunfo electoral que llevó en 1924 a la formación de un gabinete laborista en Inglaterra fue interpretado por De los Ríos como un triunfo histórico del programa de superación del capitalismo mediante el «ensanchamiento» de la libertad, el imperio del derecho, la acción de la propia sociedad y el imperativo ético en cuyas líneas generales llevaba trabajando desde su retorno de Alemania. Un triunfo, en fin, del «liberalismo social». O lo que es igual, de la vía democrática al socialismo.

Al servicio de la República

La caída de la Dictadura en enero de 1930 y la consiguiente marejada republicana, en un marco de crisis institucional sin precedentes, pronto tendrían grandes consecuencias. La «hora de las definiciones» había llegado, como sentenció Prieto. Por su parte Largo Caballero, líder indiscutible del sindicato socialista, con la mirada puesta en las posibilidades que el cambio de régimen ofrecería al socialismo, no fue menos tajante: «Si alguien me pregunta usted qué quiere, contesto: República». En tan crítica coyuntura Fernando de los Ríos defendió, en sintonía con Prieto, su posición de siempre, favorable a la recomposición, digámoslo así, de la antigua conjunción republicano-socialista. Y considerando que había que empezar a caminar, asistió, aunque sólo «a título personal», como Prieto, Eduardo Ortega y Gasset y Felipe Sánchez Román, a la reunión de San Sebastián del 17 de agosto de 1930. Además del presidente del Círculo Republicano de esa ciudad, en cuya sede se celebró, asistieron por parte republicana Lerroux, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Angel Galarza, Manuel Azaña, Alcalá-Zamora y Miguel Maura. Prieto y De los Ríos, convertido en mediador privilegiado entre socialistas y republicanos, fueron elegidos miembros del

⑬ En el PSOE coexistían, en efecto, en difícil equilibrio, partidarios decididos -como Prieto o el propio De los Ríos- del apoyo socialista al republicanismo y, en general al proyecto de una democracia republicana, partidarios accidentales y fluctuantes, como Largo Caballero, de ese tipo de alianzas, que debían, en su opinión, subordinarse al verdadero objetivo, dictado por los intereses obreros y, en fin, partidarios minoritarios, como Julián Besteiro o Saborit, del retraimiento. De los Ríos consideró siempre necesario -y esa fue, independientemente del fracaso final, una de las claves centrales de su práctica política-, traducir la gran movilización traída por la República en un aumento de la base social de su programa de reformas, orientado a tenor de fines y valores como el progreso, la libertad de opinión y de conciencia, la democracia efectiva, la generalización de la educación, el laicismo, la protección social, la equiparación social de la mujer al hombre, la redistribución de la riqueza, el autonomismo, el equilibrio entre individuo y sociedad... Convendría recordar, en este contexto, y mirando en otra dirección, la diversidad y variedad, dentro de ciertos significativos límites, de las capas sociales que en febrero de 1931 fueron invitadas a adherirse al «cambio» por los firmantes del Manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala: «Llamaremos a todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, a los ingenieros, arquitectos y técnicos de todas clases, a los abogados, notarios y demás hombres de ley. Muy especialmente necesitamos la colaboración de la juventud... De corazón ampliaríamos a los sacerdotes y religiosos este llamamiento, que a fuer de nacional preferiría no excluir a nadie; pero nos cohibe la presunción de que nuestras personas carecen de influjo suficiente sobre esas respetables fuerzas sociales». (*La Tierra*, 9 de febrero de 1931. Reproducido en el I de ese mismo mes en las páginas de *El Sol*).

⑭ «Aceptamos esta Constitución», hizo constar en su intervención, «... por haber incorporado al Derecho interno las normas de Derecho Internacional; por el modo de resolver la autonomía regional; por la recepción y revitalización de formas de Derecho público aragonés y catalán como el Derecho de Amparo y la institución de la Comisión Permanente de las Cor-

Comité Ejecutivo llamado a coordinar la política republicana en aquella coyuntura favorable al cambio. Se integraron en él, por otra parte, sin autorización formal de su partido ⑮.

A partir de ese momento el compromiso de Fernando de los Ríos con el proceso que llevaría a la proclamación de la Segunda República fue completo. Participó, esta vez en calidad de delegado del PSOE, en el Comité Revolucionario surgido del Pacto de San Sebastián y en los preparativos de la insurrección y de la huelga general convocada para el 15 de diciembre de 1930 que se saldaron con el fracaso, el fusilamiento de los oficiales Galán y García Hernández y el fugaz encarcelamiento del Comité, erigido en Gobierno provisional (de la todavía nonata República). Figuró como candidato en las elecciones municipales, junto con Maura y Pedro Rico, por el distrito madrileño de Buenavista. Y a raíz de la victoria republicana del 12 de abril, verdadero plebiscito antimonárquico, entró a formar parte, en calidad de ministro de Justicia, en el primer gobierno provisional de la República, proclamada el 14 de ese mismo mes. Parlamentó con Macià sobre las aspiraciones catalanas y su posible canalización constitucional. Nombró con carácter de urgencia una Comisión Jurídica Asesora, presidida por Ossorio y Gallardo, para preparar anteproyectos de las leyes principales a cuya discusión tendrían que proceder las futuras Cortes Constituyentes, convocadas para el 28 de junio. En ella figuraban juristas de gran renombre, de Joaquín Garrigues a Juan Lladó y de García Valdecasas a Juan Díez del Moral. Paralelamente desarrolló, como miembro de la candidatura de la conjunción republicano-socialista por Granada, que obtuvo un gran triunfo, una intensa campaña electoral. Una vez entregado por la correspondiente comisión a las Cortes presidida por Jiménez de Asúa, el proyecto constitucional, intervino en septiembre ante las mismas fijando la posición del PSOE ⑯ Aprobado por unanimidad el 9 de diciembre, el proyecto mutó en Constitución vigente. Una constitución «no socialista», pero de «izquierdas», como la calificó Jiménez de Asúa, deudor técnicamente de las constituciones de Weimar y de la República austríaca, de la que fueron artífices Hugo Preuss y Hans Kelsen, respectivamente. En el segundo gobierno de la República, con Azaña como presidente tras la dimisión de Alcalá-Zamora, ocupó, contra sus aspiraciones a presidir el Tribunal de Garantías Constitucionales, la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes. Caído este gobierno tras la dimisión del líder de Acción Republicana el 18 de junio de 1933, aceptó asumir, no sin vacilaciones, la cartera de Estado en el nuevo gobierno, que solo duró hasta el 9 de septiembre. Lerroux, absolutamente incompatible ya con los socialistas, obtuvo el encargo de formar gobierno. No tardó mucho en ser sucedido por Martínez Barrio, que decretó la disolución de las Cortes. Todo ello significó la ruptura de la conjunción republicano-socialista, preludio del «bienio negro». Ante la decisión de Alcalá-Zamora de encargar la formación de gobierno a Alejandro Lerroux, la Ejecutiva del PSOE decidió, en efecto, declarar «rotos todos los compromisos contraídos con los republicanos». En consecuencia, los socialistas -cada vez más radicalizados- se presentaron solos a las siguientes elecciones, con De los Ríos formando parte de la candidatura de Granada. Aunque salió elegido, no fue, ni con mucho, el candidato más votado. El triunfo electoral en noviembre de 1933 de la derecha le llevó a retirarse del primer plano de la política. Cuando en julio de 1934 decidió reaparecer lo hizo, en un mítin en Granada, con una manifestación pública de duda ante las dificultades con las que la República se había encontrado y seguiría teniendo que encontrarse en su empeño de «transformar el régimen económico por medio del organismo político». Fer-

tes; por la concepción pletórica de posibilidades del sindicato; por la superación de la democracia inorgánica que suponen los Consejos Técnicos; por la forma de resolver el problema del Tribunal de Garantías Constitucionales, etc.» (Del Discurso de Fernando de los Ríos ante las Cortes Constituyentes de la II República, recogido en *El PSOE en las Cortes Constituyentes de la II República*, México, Ed. Pablo Iglesias, 1969).

⑮ Discurso de inauguración del curso académico 1917-1918, Universidad de Granada, recogido en De los Ríos, F.: *Escritos sobre democracia y socialismo*, Madrid, Taurus, 1974, pág. 259.

⑯ De acuerdo con el Decreto de 22 de mayo de 1931, y tras su entrada en vigor, nadie podía ser obligado ya a declarar sobre su religión, lo que implicaba la obligación, por parte de los funcionarios civiles y militares, de abstenerse de toda indagación sobre las creencias de los ciudadanos. Tampoco estaba nadie obligado ya, cualquiera que fuese su relación con el Estado, a participar en fiestas, ceremonias, cultos, etc. de tipo religioso. Y, finalmente, todas las confesiones quedaban autorizadas, sin otros límites que los de la Ley de Orden Público, al ejercicio privado y público de sus cultos. (Cfr. Juan Cano Bueso: «Fernando de los Ríos al frente del Ministerio de Justicia», en Gregorio Cámara (ed.): *Fernando de los Ríos y su tiempo*, loc. cit. págs. 349-350).

⑰ Inicialmente Fernando de los Ríos estuvo a favor de otorgar a la Iglesia Católica, al igual que a las restantes confesiones, el estatuto de corporación de Derecho Público. Su postura sufrió, pues, un cambio notable. Sobre las posibles causas del mismo, vid. Zapatero, *Fernando de los Ríos...*, loc. cit., págs. 98-99.

⑱ Respecto de la compleja cuestión de la «religiosidad» de Fernando de los Ríos —que no dudó en autodefinirse en la fase final de su vida como un «cristiano erasmista»—, son del mayor interés algunas de las reflexiones contenidas en su discurso sobre la cuestión religiosa ante las Constituyentes: «... Llegamos en esta hora, profunda para la historia española, nosotros los heterodoxos españoles, con el alma lacerada y llena de desgarrones y de cicatrices profundas, porque viene desde la hondura del siglo XVI: somos los hijos de los erasmistas, somos los hijos espirituales de aquella conciencia disidente que fue estrangulada durante siglos... No han respetado ni nuestras personas ni nuestro honor... Hasta la última

nando de los Ríos fue, de todos modos, incluso más lejos: «Os espera», dijo con hiriente clarividencia, «un gran drama»^⑮.

Como miembro del Gobierno de la República y en los tres Ministerios de los que fue titular, Fernando de los Ríos actuó desde un principio en el único sentido en el que desde sus convicciones ético-políticas podía hacerlo: el de la construcción de una sociedad en la que las graves desigualdades heredadas pudieran ser compensadas en un marco de libertad y de respeto al primado del Derecho, un derecho cuya «razón de ser» nunca fue a sus ojos, como ya sabemos, «asegurar el quietismo económico social» sino «asegurar modificaciones incruentas». En poco más de ocho meses introdujo cambios sustantivos en la política penitenciaria, promoviendo, por un lado, la transformación de las prisiones en «sitio propicio para redimirse el hombre como profesional» y, trasladando, por otro, al interior de las mismas la libertad de cultos reconocida por la República, de la que la secularización de los cementerios fue también una obvia consecuencia^⑯. Y en el marco general de secularización del Estado trazado por la República, encargó a la Comisión Jurídica Asesora de las Cortes un proyecto de Ley sobre el Divorcio llamado a desarrollar y regular el reconocimiento legal del mismo —por mutuo disenso de los cónyuges, a petición de cualquiera de ellos y previa alegación de una causa justa— contenido en el artículo 43.1 de la Constitución. Los tribunales ordinarios pasaron a ser así los únicos competentes para conocer, con efectos civiles, sobre las demandas de divorcio y nulidad del matrimonio, cualquiera que fuera su forma de celebración. Y defendió, en fin, la separación Iglesia-Estado y el carácter aconfesional de éste, con la consiguiente denuncia unilateral del Concordato, la anulación de la ayuda económica del Estado a las Iglesias, que pasaban a tener que ser sostenidas por sus fieles y el rechazo de la consideración de la Iglesia como corporación de Derecho público^⑰. En cuanto a las órdenes religiosas, que la correspondiente Comisión parlamentaria había juzgado en un primer momento conveniente disolver, De los Ríos se manifestó más bien —y ese fue el criterio finalmente aceptado— a favor de la inclusión en el texto constitucional de unas bases capaces de abrir el camino a una futura Ley de Congregaciones Religiosas. No hará falta insistir, desde luego, en lo elevado del precio político y personal que esta política obligó a pagar a Fernando de los Ríos^⑱...

Libró también, desde las posiciones de su «socialismo regeneracionista», aunque con menos éxito del deseable, una gran batalla, en sintonía con el Ministerio de Trabajo, a favor de la reforma agraria y, en general, de la mejora de las pésimas condiciones laborales de los jornaleros, que desde sus años granadinos conocía muy bien. Mención aparte merece, con todo, su gestión, como sucesor de Marcelino Domingo, al frente del Ministerio de Instrucción Pública. Fiel a los grandes objetivos y principios de la Institución, como carácter público de la enseñanza, laicismo, obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza primaria o potenciación de los estudios experimentales, la República creó en el bienio reformista que nos ocupa más escuelas que los gobiernos del anterior régimen en todos sus años de vida. Y fomentó con llamativa intensidad la formación de nuevos maestros^⑲. Por otra parte, la enseñanza religiosa fue declarada no obligatoria en las escuelas, de modo que de impartirse, tenía que serlo fuera del horario escolar y sin interrumpir las tareas escolares. En la medida, además, en que la enseñanza («pública») pasó a ser concebida como una atribución esencial del Estado, el Ministerio tuvo que hacer frente al espinoso problema de la sustitución de la enseñanza de las órdenes religiosas. Y no sólo eso, sino que Fernando de los

célula de nuestra vida espiritual está saturada de emoción religiosa... Hemos, desgraciadamente, carecido de nuestro Edicto de Nantes, de nuestro edicto de paz religiosa. Siempre es hora». («Discurso sobre Iglesia y Estado», en F. de los Ríos: *Obras Completas*, ed. de Teresa Rodríguez de Lecea, Anthropos, Fundación Caja Madrid, Madrid, vol. III, págs. 370).

Ⓜ Muchas de las medidas impulsadas durante la etapa de Fernando de los Ríos al frente del Ministerio de Instrucción Pública —como la decisión, por ejemplo, de crear 5000 escuelas por año—, lo fueron en continuidad con la política de Marcelino Domingo y de Rodolfo Llopis, director general de Enseñanza Primaria. Cfr. Pérez Galán, M.: *La enseñanza en la Segunda República Española*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975).

Ríos alentó y organizó también la institucionalización universitaria de la pedagogía; renovó la Inspección de Primera Enseñanza; creó la Inspección General de Segunda Enseñanza; creó en 1932 la Universidad Internacional de Verano de Santander, con sede en el Palacio de la Magdalena, en cuyo patronato, presidido por Ramón Menéndez Pidal, figuraron como vocales Unamuno, Sánchez-Albornoz, Ortega y Gasset o Américo Castro, siendo secretarios Pero Salinas y José Gaos. Puso igualmente en marcha las Misiones Pedagógicas, destinadas a difundir la cultura por los lugares más apartados, con el Coro y el Teatro del Pueblo, etc., al igual que dió un impulso decisivo al teatro universitario «La Barraca», del que fue alma indiscutible su amigo Federico García Lorca, que funcionó hasta 1937.

Crítica de la impaciencia revolucionaria

En las elecciones de noviembre de 1933 a las que concurrió en solitario, el PSOE obtuvo 58 diputados. La CEDA, con 115, se convirtió en la minoría mayoritaria de las nuevas Cortes. Los radicales fueron prácticamente borrados. La radicalización del socialismo ante lo que se entendió como una clara provocación de la derecha —una derecha hostil a la nueva República parlamentaria— se hizo inevitable: Largo Caballero, que pronto sería aclamado como el «jefe de la revolución española que conduciría el proletariado a la victoria», habló incluso de la conveniencia de «realizar un movimiento revolucionario a fin de impedir el establecimiento de un régimen fascista». Pareció, pues, imponerse, al menos como amenaza, una estrategia tendente a llevar «al asalto del poder por los medios que sean», medios entre los que habrían de ocupar un lugar estratégico la huelga general y la insurrección armada. Como era de esperar, la inflexión contó con la oposición inicial de Prieto y de Fernando de los Ríos. En el convulso proceso subsiguiente, que desembocaría, tras la entrada de la CEDA en el gobierno —interpretada como el preludio de un golpe como el del canciller socialcristiano austríaco Dollfuss—, en un cuadro revolucionario del que fueron hitos la frustrada revolución agraria de junio y la revolución de la cuenca minera asturiana de octubre de 1934, la mayor insurrección proletaria de la historia de España, De los Ríos barajó, en principio, la posibilidad de retirarse de la política. Pero no dejó de asistir a las reuniones de las Ejecutivas. Tras algunas vacilaciones, y sin romper nunca la lealtad debida a la línea del Partido, ni siquiera en los peores momentos del 34, en que optó por el silencio, primero, y después, por la absoluta solidaridad en la derrota, ese deseo se hizo efectivo.

En mayo de 1935 De los Ríos presentó su dimisión como vocal de la Ejecutiva. Pero a raíz de la derrota de las tesis de Largo Caballero sobre la autonomía parlamentaria respecto del Comité Nacional, la retiró y volvió a la Ejecutiva. Fue este el momento de sus mayores choques con la línea más izquierdista del Partido y de los mayores ataques a su persona del órgano de la misma, *Claridad*. Llegó a ser acusado incluso de «resentimiento» frente a la figura, «excelsamente valorada por las masas», del gran líder sindical Largo Caballero, bajo cuya dirección las organizaciones sindicales socialistas experimentaron, ciertamente, un impresionante crecimiento. En cualquier caso, y pasando de la anécdota a la categoría, lo cierto es que más allá de estas disonancias fue tomando cuerpo ante sus ojos la evidencia de que la «armonía preestablecida» entre liberalismo e intereses proletarios no era tal. O no lo era, al menos, en los términos esperados por él. Ni siquiera lo había sido, posiblemente, en esa concreción fáctica de la misma que presuntamente representó la inestable coalición de republicanos de centro, republicanos de izquierda y socialistas que ver-

tebró el bienio constituyente. Virgilio Zapatero ha situado ahí, de forma debidamente razonada, la raíz de la crisis de Fernando de los Ríos durante el «bienio negro». Es posible. Pero no por ello se apartó un ápice de sus fidelidades básicas, ni de su ideal, tan próximo al de Azaña, de una República liberal y democrática, jurídicamente «flexible» y respetuosa con el Derecho y su imperio. Ni se desinteresó de las posibles nuevas alianzas electorales de las que, contra la intransigencia de Besteiro, se reclamaron pronto el socialista «de centro» Prieto y el republicano «de izquierda» Azaña.

Guerra, exilio y muerte

La defensa de la República en circunstancias cada vez más adversas, primero, y la lucha por el restablecimiento de la democracia en España tras la derrota de las potencias totalitarias después, llenaron la última etapa de la vida política de Fernando de los Ríos. Comisionado por el gobierno, intentó en París hacer efectiva, inmediatamente después de la rebelión militar, una compra de 30 aviones «Potez», acordada ya en 1935, por parte de la República al gobierno francés. El veto del gobierno inglés, partidario inflexible de la llamada «no intervención», dificultó sobremedida su tarea, aunque finalmente, y tras un complicado proceso, el valioso material llegó a Barajas a finales de agosto. Negoció asimismo con el gobierno mexicano una importante transacción y pudo conocer así de primera mano lo minado del camino que en sus intentos de comprar armamento durante la guerra civil tuvo que recorrer la República. Tras un breve paso por el Rectorado de la Universidad de Madrid, en el que fue casi inmediatamente sustituido por José Gaos, el 20 de septiembre de 1936 fue nombrado por el Gobierno de la República –un gobierno de unidad nacional para ganar la guerra– embajador en Washington. La compra de armas para la República fue su primer empeño, en el que hubo de enfrentarse a las constantes dificultades creadas por el gobierno de los Estados Unidos, reacio incluso a aceptar que las transacciones se hicieran a través de México. Paralelamente a ello, Fernando de los Ríos –que puso, con escaso fruto, como poco a poco iría viéndose, grandes esperanzas en Roosevelt desarrolló una gran tarea como escritor y conferenciante en defensa de la cultura liberal española y, en general, de la idea humanista y renacentista del hombre como valor supremo de la cultura, como de los principios republicanos, que él mismo encarnaba: «la libertad como fórmula que comprende todos los contenidos de la conciencia humana y... la democracia como la única institución capaz de resolver todas las disonancias de armonía»²⁰. El abandono de la Embajada tras el 1 de abril de 1939 no supuso, sin embargo, la menor interrupción en esta tarea de difusión de las razones de España. Como catedrático incorporado, gracias a los buenos oficios de Alvin Johnson, a la New School for Social Research, conferenciante y profesor visitante en varias universidades latinoamericanas, De los Ríos optó más bien, como a su modo lo hicieron igualmente Cernuda, María Zambrano, Américo Castro y tantos otros españoles de la diáspora, por profundizar en el tema/problema de España. O, más concretamente, en el problema de la identidad española, que en todas nuestras grandes crisis nacionales –la guerra «contra los franceses», las revoluciones liberales del XIX, el 98, el 14, el exilio...– ha pasado indefectiblemente a un primer plano. Incluyendo en él, en el caso de De los Ríos, el de las raíces hispánicas de América.

Cuando la derrota de las potencias del Eje volvió a alentar algunas esperanzas, Fernando de los Ríos no dudó en rendir un último servicio a la República. Participó en México

²⁰ Tres Discursos de Fernando de los Ríos, Imprenta Puerto Rico Inc., s/f.

en la reunión en la que se constituye el Gobierno de la República en el exilio, en el que llegó incluso a asumir la cartera de Estado. En calidad de tal pronunció a comienzos de 1946 un discurso en la sede de las Naciones Unidas con ocasión del debate sobre las sanciones a los gobiernos vinculados a las potencias derrotadas. Pero las sanciones impuestas al régimen de Franco –retirado de embajadores y no inclusión en el Plan Marshall– quedaron muy por debajo de las expectativas del gobierno republicano. Ante esta nueva derrota su presidente, Giral, dimitió. Y con él, el ministro de Estado. Apenas dos años después, el 31 de mayo de 1948, murió en Nueva York, donde está enterrado. Su muerte fue, ciertamente, la de uno de los últimos grandes heterodoxos españoles. Pero también la de un hombre que en un momento decisivo de la historia de su país supo decir, anticipando tal vez su testamento, algo cuya actualidad es hoy tan viva como pudo serlo entonces: «En España, lo verdaderamente revolucionario es el respeto» ■

